

XLIII Muestra Internacional de Cine

Carlos Gómez Oliver



Tiempos modernos, Charles Chaplin, 1936



La pasión de María Elena, Mercedes Moncada, 2003



Wilbur: cómo suicidarse sin morir en el intento, Lone Scherfig, 2002

Recuerdo cuando fui a mi primera Muestra Internacional de Cine. ¿La emisión? No la recuerdo en realidad, pero recuerdo bien que fui a ver *Brasil* (*Brazil*, Terry Gilliam, 1985). Era una época en que la Cineteca se reponía de su dolorosa tragedia y trataba de curar las cicatrices de un incendio con el escape de exhibir aquella cinematografía diferente. Recuerdo también que en ésta, y en las siguientes muestras, me acerqué al cine no sólo de grandes autores sino de cinematografías tan aparentemente distantes como la iraní y la china. Recuerdo que eran los tiempos en que uno demostraba su cinefilia con creces, pues si uno quería ver completa la muestra, debía desembolsar una cantidad (que para los adolescentes de quince o dieciséis años era un dineral) o bien asumir grandes filas en la taquilla y la aterradora posibilidad de quedarse fuera. También debía asumir que, durante más de veinte días, no tendría otra vida que las generalmente incómodas butacas del limitado circuito de exhibición; por lo menos durante las dos o tres horas de la función.

Sin embargo, es innegable que la Muestra Internacional de Cine genera cierta adicción. No es en vano que haya sobrevivido cuarenta y tres emisiones, más de

treinta años de traer a nuestro país el cine más interesante del orbe.

En esta ocasión, y en un esfuerzo por mantener el nivel que la ha caracterizado en las más recientes emisiones, la selección que se presenta busca crear un mosaico de lo mejor de la producción cinematográfica mundial.

De entrada, una verdadera delicia, no sólo para los conocedores de la materia, sino para todos aquellos que gusten de un clásico. En una versión restaurada, la XLIII Muestra Internacional de Cine presentó quizá la obra más significativa de Charles Chaplin: *Tiempos modernos*. En ella, no sólo encontramos la enorme fuerza dramática de Charlotte, sino que somos testigos de una crítica a la situación del mundo de la preguerra (1936) en dos sentidos: la deshumanización de la sociedad con todas las consecuencias que ello acarrea (pérdida de fuentes de trabajo, narcisismo, ejercicio irresponsable del poder, etcétera) y desde luego la rebelde muestra de genialidad hacia lo que él considera la profanación del cine silente: el audio. En ella, todos los elementos de la banda sonora (no hay que confundirse: *Tiempos modernos* no es una película silente) se conjugan para reforzar la dramaturgia —y la protesta— de

Chaplin. Sólo los poderosos tienen voz (el dueño de la fábrica, los silbato de la policía, la radio, las máquinas) y el pueblo sólo puede luchar silenciosamente y quedar atrapado en el engranaje de la maquinaria social. Ésta fue, pues, una oportunidad única para presenciar una obra maestra en el medio para el que fue concebida: la sala cinematográfica.

Dentro del programa de la muestra pudimos encontrar una rica representación de las cinematografías europeas (los de buena memoria recordarán que en las muestras conocimos el cine de Szabo y Kusturica, entre otros). Al asistir a las exhibiciones podemos acercarnos no sólo a propuestas plásticas y cinematográficas diversas, sino a la expresión multicultural de una zona unida por su economía. Así, encontramos *La joven con el arete de perla* (*Girl with a pearl earring*, Peter Webber, 2003), producción inglesa, que abarca un fragmento de la vida del pintor holandés Johannes Vermeer, donde la sirvienta Griet se convierte en fuente de inspiración. La sensualidad, el proceso creativo y el dinero se conjugan brillantemente en esta hermosa pieza cinematográfica.

De Gran Bretaña en coproducción con Dinamarca, Suecia y Francia encontra-



Amarillo mango, Claudio Assis, 2002



Mis últimos días. Las invasiones bárbaras, Denys Arcand, 2003



¡Adiós Lenin!, Wolfgang Becker, 2003

mos también *Wilbur: cómo suicidarse sin morir en el intento* (*Wilbur wants to kill himself*, Lone Scherfig, 2002), una ligera comedia de humor negro, donde los personajes son retratos de una sociedad que genera solitarios. Wilbur se encuentra entre las dos grandes pasiones del ser humano: el amor y la muerte. *Wilbur...* es, además, un interesante ejemplo de cómo un adecuado marco legal permite a las industrias cinematográficas producir con creatividad y eficacia.

La alemana *¡Adiós Lenin!* (*Good bye Lenin!* Wolfgang Becker, 2003) es una emotiva revisión acerca de los ideales perdidos. Una mujer que despierta de un coma después de la caída del muro de Berlín se convierte en símbolo de los ideales que representaba el socialismo, y evidencia las transformaciones vertiginosas del mundo en que vivimos, con lo que empuja al espectador a reflexionar sobre su fidelidad a sus propios ideales. Si bien *¡Adiós Lenin!* ejecuta una sincera reflexión de la transformación de Alemania (es decir, desde y hacia Alemania), esta misma reflexión se lleva a cabo en *Luces distantes* (*Lichter*, Hans-Christian Schmidt, 2002) con su vecino geográfico: Polonia. Pese a ser separados sólo por un río, los destinos

de esas naciones y sus habitantes resultan distintos e irremediabilmente unidos. Y, en una situación dolorosamente familiar, ambos ven al vecino sólo como luces distantes...

El papalote (*Le cerf volant*, Randa Chajal-Sabagg, 2003) es una coproducción entre Líbano y Francia que ubica su acción en el territorio libanés invadido por Israel. A través de una historia de amor que ocurre en este espacio dividido, la crítica directora reflexiona sobre la vecindad forzada, el amor, los ideales y la reencarnación, creencia muy arraigada en los pueblos de la zona y que ofrece un rayo de esperanza entre la muerte y el absurdo.

La pujante y sorprendente cinematografía francesa no nos decepciona al ser representada también por *Tiresia* (*Tiresia*, Bertrand Bonello, 2003). La cinta recupera el mito griego para emprender una reflexión hacia la sexualidad humana y, de ésta, hacia el equilibrio y la divinidad. Con un personaje terriblemente terrenal, Bonello lo sublima y lo vuelve un enviado de Dios, recordando al *Orlando* de Woolf retomado por Sally Potter en 1992.

En un impresionante ejercicio de autocrítica, Noruega y Suecia coprodu-

cen *Historias de la cocina* (*Salmer fra kjøkkenet*, Bent Hamer, 2002), un divertido film que lleva la complicada relación de ambas naciones a una situación límite: una cocina, donde científicos suecos observan cocinar a hombres noruegos que viven solos, con el fin de diseñar la cocina ideal. A través de esta poco probable situación, Hamer reflexiona sobre la vecindad, la incapacidad para modificarla y la amistad.

Otro país escandinavo presente es Dinamarca. *Reconstrucción* (*Reconstruction*, Christopher Boe, 2003) es una interesante mezcla de recursos, tanto visuales como narrativos. Las imágenes filmadas en 35 mm en fusión con otras digitales, una paleta de color que oscila entre azules y ocre y personajes que se mueven entre el sueño y la realidad obtienen una interesante reflexión de la pareja, el amor y el destino.

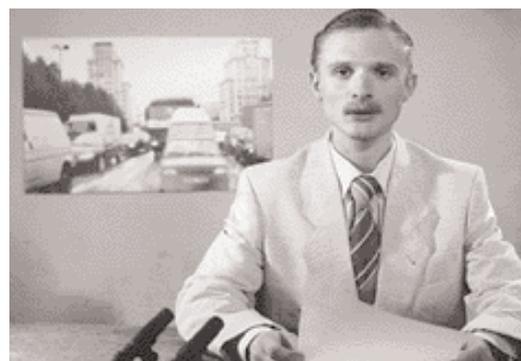
Buenos días noche (*Buongiorno notte*, Marco Bellochio, 2003) parte del secuestro de Aldo Moro, primer ministro de Italia. Su cautiverio es la médula de la película. Sin embargo, más que acercarse a lo humano del drama, se acerca a él de una forma conceptual. Los personajes exponen en sus diálogos y acciones posiciones ideo-



Mis últimos días. Las invasiones bárbaras, Denys Arcand, 2003



Mis últimos días. Las invasiones bárbaras, Denys Arcand, 2003



¡Adiós Lenin!, Wolfgang Becker, 2003



Wilbur: cómo suicidarse sin morir en el intento, Lone Scherfig, 2002



La vida sin mí, Isabel Coixet, 2002



Reconstrucción, Christopher Boe, 2003

lógicas, olvidando las pasiones, motores del ser humano.

España presenta, en coproducción con Canadá, *La vida sin mí* (Isabel Coixet, 2002) conmovedor relato de una mujer que descubre que la vida se le escapa entre las manos. Coixet, curiosamente distante a las propuestas de la Unión Europea, trabaja un film aséptico en su concepción cultural. Su reparto es multinacional así como sus situaciones. Lejos de ser un producto "globalizado" *La vida sin mí* es una película meramente humana.

Denys Arcand es un viejo conocido de la Muestra Internacional de Cine. Conocimos así *Jesús de Montreal* (*Jesús de Montréal*, 1989), *Amor y restos humanos* (*Love & Human remains*, 1993) y, desde luego, *La decadencia del imperio americano* (*Déclin de l'empire américain*, 1986). A dieciséis años de ésta, Arcand realiza su secuela: *Mis últimos días, Las invasiones bárbaras* (*Les invasions barbares*, 2003), como una reflexión sobre la descomposición de las sociedades globalizadas y el riesgo de extinción de las naciones sin Estado (como Quebec). Arcand, con su estilo limpio y directo construye un relato donde el espectador comprende claramente el mensaje: "depende de ti".

El lado izquierdo del refri (*La moitié gauche du frigo*, Phillippe Falardeau, 2000) es una amarga visión sobre el problema del desempleo. Dos amigos que se improvisan como documentalistas registran su frustrante búsqueda de trabajo en un documental que, muy probablemente, a nadie interesará. Curiosamente cercana a pesar de nuestras enormes diferencias económicas y culturales.

Latinoamérica está representada por la pujante cinematografía brasileña con *Amarillo mango* (*Amarelo manga*, Claudio Assis, 2002). Con una extraordinaria fotografía de Walter Carvalho, la cinta se aproxima a la sociedad brasileña con, quizás, una excesiva formalidad. Con una propuesta similar a la de *Ciudad de Dios* (*Cidade de Deus*, Fernando Meirelles, 2002) y *Carandiru* (Héctor Babenco, 2003), no logra ni el impacto dramático de la primera ni la fuerza visual de la segunda. Sin embargo, es indudable que su poderosa imagen logra capturar al espectador.

Cuba y su entrañable cine regresan a nuestra pantalla con *Suite Habana* (Fernando Pérez, 2003) que, siguiendo la línea que marcara Ron Fricke (*Baraka*, 1992) y Godfrey Reggio desarrollara con *Koyaanisqatsi* (1993), busca acercarse al

mundo real de La Habana y a su gente. Sin entrevistas ni diálogo en *off*, Pérez construye un retrato que no puede huir por completo de las imágenes pre-concebidas de esa ciudad.

Por último, México presenta *La pasión de María Elena* (Mercedes Moncada, 2003). Un poderoso documental donde se devela la injusticia e ignorancia que el juego de apariencias busca ocultar en nuestro país. Moncada se aproxima a la vida de María Elena y su calvario en busca de justicia. A través de una cámara de mayor vocación periodística pero también de una sinceridad innegable, *La pasión...* puede mover conciencias.

Para cerrar, se proyecta la más reciente película de Gabriel Retes. Siguiendo los pasos de su padre, don Ignacio (*La mudanza*, 2003), adapta a la pantalla un texto de Vicente Leñero. Retes es sin duda un luchador del cine. Levanta proyectos casi de la nada y, en este caso, se ha basado en las posibilidades que la tecnología ofrece al realizarlo en alta definición.

La Muestra ha ido evolucionando. Hoy en día se celebra en dos emisiones anuales, y se han expandido los circuitos de exhibición, tanto en la capital como en



La vida sin mí, Isabel Coixet, 2002



El papalote, Randa Chajal-Sabag, 2003



Reconstrucción, Christopher Boe, 2003



La joven con el arete de perla, Peter Webber, 2003



La joven con el arete de perla, Peter Webber, 2003

el interior del país. Ya no es necesario hacer colas de horas ni andar kilómetros para adquirir un abono. Ya hay salas (ahora la mayoría) donde uno puede entrar con

palomitas y refresco. Pero lo más importante es que el esfuerzo por acercarnos a lo mejor del cine mundial continúa cada vez con mayor entusiasmo, y que nuestra Uni-

versidad es cada vez más un espacio inequívoco para el encuentro de las ideas, pasiones y propuestas que mueven al mundo por medio del cine. **U**